

COLABORACIONES

Derecho de ellos y deber nuestro

Literatura infantil: ¿para qué?

Ana María Machado*



ANA PEYRÍ.

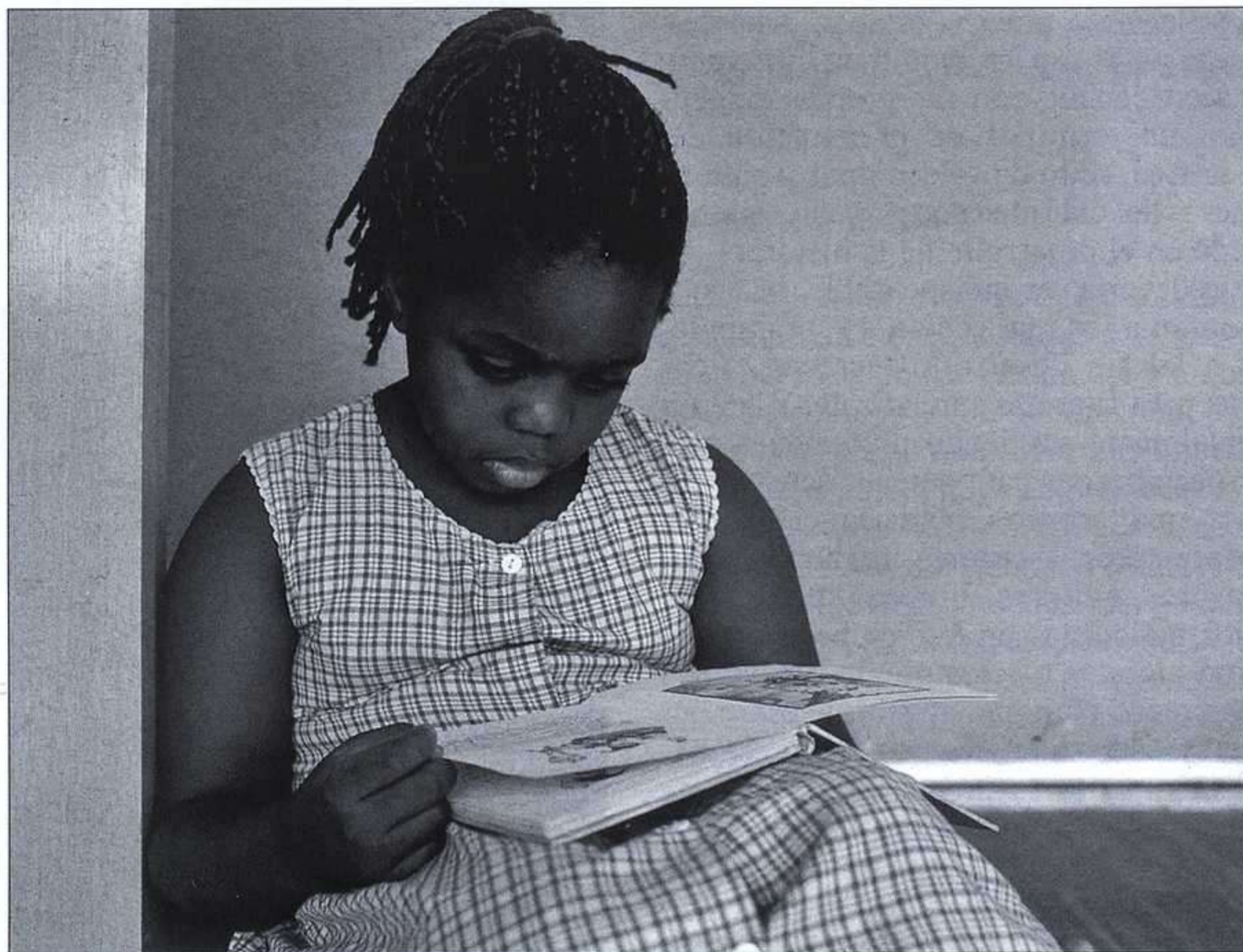
Reproducimos en esta páginas la conferencia que la escritora brasileña, Ana María Machado, ofreció en la inauguración del II Congreso Edelvives de Literatura Infantil y Juvenil, que tuvo lugar en Baeza los días 26 y 27 de octubre pasado. La autora, reconocida internacionalmente —Premio Andersen 2000— habla en este texto de la importancia de la literatura infantil en la construcción del sentido y en la transmisión de valores en la infancia y la adolescencia.

Leer no es natural. Más aún, hablar y conversar no son actos naturales, sino culturales. Por lo tanto, nadie nace sabiendo hablar, conversar, leer, escribir. Ni tampoco aprende solo. Son habilidades y conocimientos que necesitan ser transmitidos y enseñados. El lenguaje articulado no es un fenómeno de la naturaleza sino de la cultura, del grupo social. Principalmente el lenguaje simbólico, que va más allá de la mera indicación concreta y trabaja con abstracciones. Pura cultura. Si nadie enseña, nadie aprende.

Si hubiera alguna duda al respecto, se desharía cuando examinamos los ejemplos conocidos de seres humanos que han sido abandonados en la infancia y se han criado solos o en la compañía de animales. Los casos de supervivencia son raros, pero los hay. Muchos de esos episodios han sido ya aprovechados y narrados en libros y películas —de Mowgli a Kaspar Hauser, pasando por el niño salvaje cuya historia dio origen a la bella película de François Truffaut—. En todos ellos se comprobó que las personas en tales condiciones no utilizaban el lenguaje humano. Por el simple hecho de que no habían tenido quienes les enseñasen a hacerlo.

La transmisión cultural

Merece la pena empezar por ese registro para que nos acordemos del papel que desempeña la transmisión cultural en nuestra especie. Otros animales tienen características muy distintas. Muchos de ellos pueden nacer de huevos o larvas, sin que tengan la necesidad de que los padres estén presentes en el instante de su nacimiento. Otros nacen de un modo y, por la fuerza de la naturaleza, sufren metamorfosis y se transforman en seres muy distintos. Otros aún, como los pájaros, nacen indefensos y necesitan la protección paterna para tener calor y alimento. Algunos mamíferos, apenas salen del vientre materno, son capaces de andar por sí solos, aunque dependen todavía de animales adultos que los alimenten y los defiendan de los predadores. En la naturaleza los niveles de autonomía varían. La especie humana es de las menos autónomas.



ANA PEYRÍ.

O por lo que sabemos, es la más dependiente de todas.

De ese modo, nuestra cría depende de los adultos para todo. Abandonados a sí mismos, las oportunidades de supervivencia de los bebés son prácticamente nulas. La existencia biológica, natural, no nos basta. Individualmente no sobrevivimos. Necesitamos también de los demás: de la familia, el grupo, la tribu. De la sociedad. Precisamos de todas las formas de adaptación e interacción con la naturaleza que, a lo largo del tiempo, hemos ido desarrollando para transformar la debilidad de una especie frágil en la fuerza de una humanidad resistente. Recursos de adaptación que nos permiten vencer el frío y el hambre; combatir a los predadores; resistir la intemperie; transponer distancias; domesticar animales; cultivar plantas; luchar contra las enfermedades.

Pero disponemos de algo que posibilitó a cada uno de nosotros no tener que reinventar y redescubrir, ante cada obstáculo, todo lo que nuestros semejantes ya habían inventado. Así podemos aprovechar el conocimiento adquirido por los errores y aciertos ajenos y, a partir de ahí, dar un paso adelante. Esa posibili-

dad de compartir lo adquirido se basa en un artificio sumamente complejo que, siendo tan esencial, se hizo parte tan intrínseca de los seres humanos, que parece, incluso, ser sólo un simple integrante más de nuestra naturaleza: el desarrollo de un lenguaje capaz de transmitir las experiencias individuales. Pura cultura.

Transmitir experiencias a la generación siguiente es, por lo tanto, una marca y una necesidad inevitable de la especie humana. Nuestra supervivencia depende de eso. En las sociedades más sencillas dicho proceso podría producirse en términos individuales. Los mayores enseñaban a los más jóvenes aleatoriamente. A medida que los grupos sociales se han ido definiendo mejor y haciéndose más complejos, iba surgiendo también una cierta división de trabajo y hasta una especialización. Es evidente que las familias siempre continuaron y continúan enseñando a sus «crías», pero fueron apareciendo también funciones que demandaban instancias más institucionales en ese proceso.

La cultura escrita, por ejemplo, con su exigencia de saber especializado, posibilitó que la transmisión de conocimien-

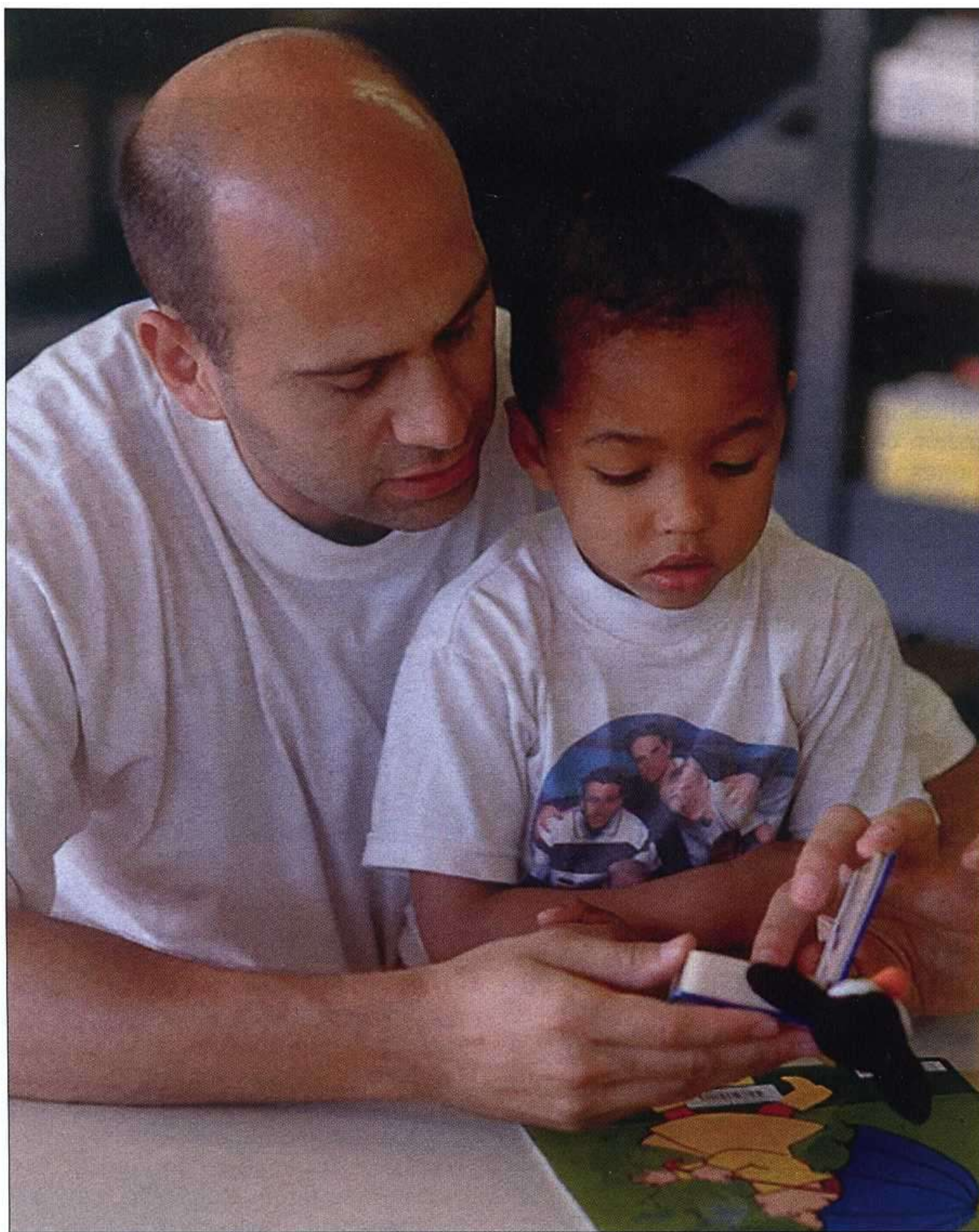
tos llegara a quienes estaban distantes, tanto en el espacio como en el tiempo. La educación, con sus propias exigencias en términos de preparación específica, trató de seleccionar y sintetizar —del enorme conocimiento acumulado en el desarrollo de la historia— lo que debería ser indispensable, básico y común a los que venían a este mundo, y a tal fin desarrolló técnicas eficaces para fijar ese aprendizaje. Y fueron igualmente surgiendo profesiones más especializadas para quienes actuaran en esa área: escribas, copistas, calígrafos, preceptores, escritores, traductores, revisores, editores, libreros, bibliotecarios, periodistas, profesores, pedagogos... Son algunos oficios que la humanidad ha creado para garantizar que ese saber acumulado, que viene de lejos, esa herencia que es patrimonio de toda la especie humana, pudiera propagarse por medio de la transmisión escrita y de su lectura.

Cada uno de esos profesionales, a lo largo de la historia de la humanidad, ha desempeñado parte de un papel importante y esencial: ser un guardián de la palabra escrita. Con lo cual adquirirían la responsabilidad de cumplir un acto de justicia: que el legado al que tenemos derecho, como herederos de las generaciones anteriores, pudiera realmente llegar a todos.

Educación para todos

¿Todos? Esta idea es muy reciente en la historia. Durante casi toda la aventura humana en el planeta no se pensó en eso. Durante siglos se trató de garantizar el mantenimiento del privilegio de la educación para los bien nacidos. Los libros se preservaban por medio de copias hechas a mano, una a una, por escribas o monjes copistas, al servicio de reyes, papas, monasterios ricos, nobles. Las bibliotecas eran de los poderosos. El dominio de la escritura y de la lectura o el acceso a la educación, también.

Los demás aprendían lo que podían, como podían, colándose por las grietas de una sociedad rígida y estratificada, a trancas y barrancas, informalmente, o en las rarísimas oportunidades ofrecidas por colegios religiosos que se ocupaban



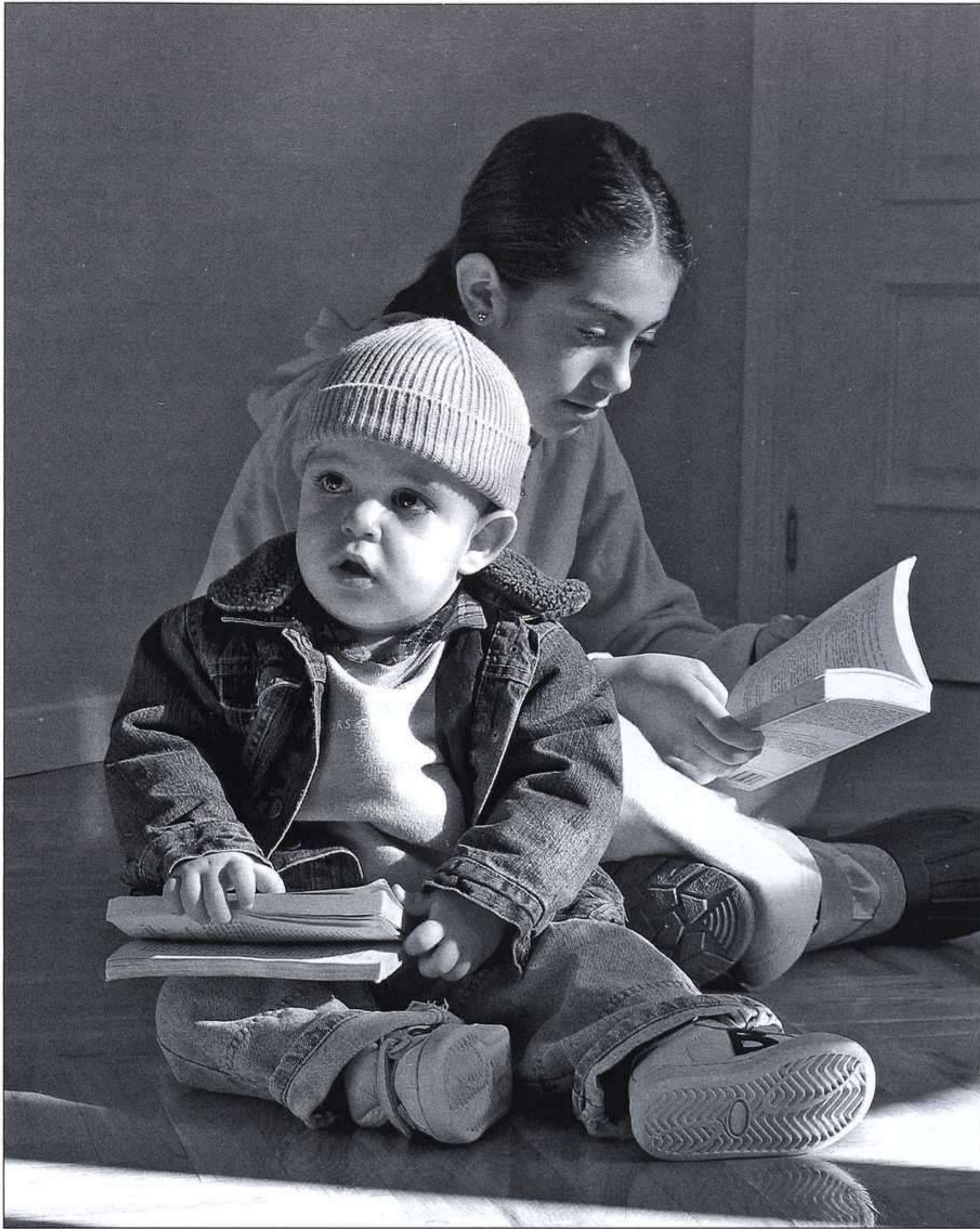
ANA PEYRÍ.

de los pobres o, en algunos casos, por el ejército. A la mayoría sólo les quedaba la llamada «escuela de la vida», tan incompleta, tan llena de lagunas a pesar de toda su riqueza, aunque, al mismo tiempo, tan festejada por quienes se encargan de mantener privilegios para unos pocos, actuando por medio del elogio a la ignorancia, o evitando críticas, para huir del esfuerzo de buscar el desarrollo de sus propios conocimientos.

Sólo a partir de la Ilustración se fue extendiendo la reflexión sobre la necesidad de que la educación fuera para todos, paralelamente al crecimiento de una conciencia democrática que pudiera garantizar la igualdad de oportunidades

a los ciudadanos de una misma nación.

Algunos países se dieron cuenta pronto de la importancia de ese igualitarismo y lo priorizaron. Otros han sido más lentos y sólo mucho más tarde han procurado garantizar la escuela para todos. Sin embargo, tanto unos como otros tuvieron que encarar el hecho de que no basta solamente tener currículos básicos o edificios con aulas donde quepan todos los niños en edad escolar. Hay que tener también docentes realmente capacitados y disponer de los recursos necesarios para que la enseñanza pueda hacerse satisfactoriamente; y la llamada educación universal no debe ser sólo una forma de driblar estadísticas desfavora-



ANA PEYRÍ.

bles, de exhibir un discurso hueco como vistosa bandera tremolando al viento, linda y colorada, pero teñida sin fijador, y destinada a desteñirse o perder todos los colores tras la primera lluvia.

Sin un magisterio a la altura de sus funciones la enseñanza se vuelve coja. Los cimientos sobre los cuales todo el edificio educacional debe construirse se basan en la valoración de los profesores por medio de una garantía de calidad en su formación y de una remuneración a la altura de sus merecimientos cuando corresponden a lo que la sociedad tiene el derecho y el deber de exigirles.

Dicha formación y remuneración supone profesores que lean, que sean ínti-

mos de la lectura, capaces de buscar en los libros alimento para su espíritu y complemento de la información y de los conocimientos que puedan adquirir por otros medios. Sólo docentes de ese tipo serán capaces de desempeñar muy bien el papel de su función social. Del mismo modo, sólo periodistas y comunicadores que sean lectores tendrán condiciones de profundizar una visión crítica de los hechos sobre los que informan, relacionándolos con su historia anterior, con su contexto y con otros hechos, estableciendo así sus propios parámetros críticos frente a la manipulación de la información y a los distintos intentos de interferencia sobre las noticias, que

constantemente llevan a cabo los diferentes intereses que hay en juego en una sociedad.

Escuela y lectura

Debería parecer obvio que las nuevas generaciones tienen derecho a su parte en la herencia de ese legado común que es el patrimonio de conocimientos adquiridos y preservados por sus ancestros. Y que, aun con las nuevas tecnologías y su fantástica contribución a la transmisión de información, el supuesto indispensable para la educación es que las personas estén en condiciones de leer. Y es inconcebible que quienes ejercen el magisterio imaginen que puedan hacerlo sin dedicarse a la lectura. No sólo a una lectura inmediata de lo que aparezca escrito en la pantalla o en la página impresa, sino también que a través de esa descodificación de las palabras escritas, sean capaces de atribuir sentido a lo que están leyendo y de relacionar el texto leído con otros.

En ese caso, evidentemente, cuanto más grande sea el acervo de textos leídos, mejores serán las condiciones para que se establezcan relaciones fecundas entre ellos gracias a la variedad de visiones en comparación. Y mayor será también la oportunidad de una lectura enriquecedora e inventiva, capaz de descubrir nuevas relaciones entre conceptos, crear ideas nuevas, detectar prejuicios, ideas viejas y estereotipadas o sugerencias no deseables escondidas bajo ropajes atractivos y modernos.

No podemos contentarnos con la hipótesis de que la palabra escrita sirva solamente para transmitir instrucciones de comportamiento o informaciones objetivas. El ser humano necesita mucho más que eso. Necesita también tener contacto con otra parte de nuestro legado ancestral, aquella que no se constituye sólo en informaciones objetivas y cuantificadas: el patrimonio literario.

Un patrimonio que no se halla formado solamente por obras didácticas o tratados sobre ramas específicas del conocimiento, sino también, y en buena parte, por literatura. Es decir, por textos que expresan experiencias individuales a través de uso artístico del lenguaje, ca-



ANA PEYRÍ.

paces de despertar identificaciones emocionales y proyecciones psicológicas entre lector y escritor, de mover los espíritus, inquietarlos, suscitar nuevas preguntas, contradecir verdades indiscutibles, manifestar todo tipo de emociones, compartir problemas y búsquedas de significado, consolar, hacer crecer, y muchas cosas más...

Teniendo en cuenta todos esos aspectos, resulta importante discutir el papel desempeñado por los adultos en cuanto al estímulo a la lectura de las nuevas generaciones. A mi juicio, dicha discusión supone, evidentemente, que se parta del principio de que la lectura de literatura debe formar parte de la lectura en general y que no puede olvidarse. Sobre todo

en la escuela, que es el canal que la sociedad privilegia para transmitir el conocimiento. Hay que dar a las lecturas hechas en la escuela dignidad y aprovechar el poco tiempo disponible dedicándose a ellas. A fin de cuentas, existen tantos títulos publicados para la infancia que el sistema escolar sólo puede ofrecer a los alumnos una parte muy pequeña de ellos. No se puede perder el tiempo con lo superfluo. Hay que presentar oportunidades de lecturas que permitan un posterior desarrollo del lector, que abran las puertas, que puedan irradiarse en todos los sentidos.

No basta con hacer llegar a las manos de los niños parte de la inmensa producción infantil que el mercado editorial

derrama sin cesar en los estantes de las librerías, ni tampoco con fomentar el acceso a otras formas de textos, tales como revistas, tebeos, periódicos, cartas, publicidad, etc. Preocupadas con las cuestiones de la llamada alfabetización, hoy día las escuelas se hallan muy atentas a esa variedad de posibilidades de los textos escritos. Y tan preocupadas están que, a veces, insisten sobre experiencias en las que los alumnos ya están ampliamente estimulados fuera de las aulas, en lugar de ofrecerles la rara oportunidad de entrar en contacto con textos que les sería mucho más difícil encontrar sin una determinada orientación. Recientemente, un artículo de Rubem Barros¹ llamaba la atención acerca de esas distorsiones y, citando el testimonio de Magda Soares, criticaba a algunas escuelas que ponían a los niños a escribir rótulos o prospectos de medicinas. Es evidente que hay que saber leer esos textos. Sin embargo, es innecesario por completo que el sistema escolar pierda un tiempo precioso en enseñarles tales cosas.

En Europa las cosas pueden ser distintas. Pero en Latinoamérica hay que tener en cuenta que gran parte de los niños provienen de familias cuyas generaciones anteriores no fueron a la escuela o la frecuentaron sólo durante muy poco tiempo, y no desarrollaron el hábito lector ni el gusto por la lectura, además de no caracterizarse por la capacidad de crear un ambiente lector para los hijos.

En la educación de las nuevas generaciones, uno de los medios más poderosos que la humanidad dispone es el ejemplo. Sobre todo cuando el modelo presentado es alguien a quien el niño o el joven ama y admira. Padres y profesores desempeñan un papel poderosísimo en la transmisión del gusto por los libros. En países de tradición letrada se puede permitir a las familias hacerse cargo de gran parte de esa función de estimular la lectura de los más jóvenes. Pero nosotros, que pasamos directamente de una cultura oral a una sociedad en la que predomina el audiovisual —sin ni siquiera hacer, al menos, una escala rápida, de una generación, en la galaxia Gutenberg— necesitamos que el sistema de enseñanza se desdoble para cumplir ese papel. Necesitamos una escuela

que pueda ofrecer a los niños las posibilidades de contacto con los libros, ya que tendrán dificultad en encontrarlos, si las dejamos a merced de su propia suerte. Y unos «media» que comprendan su función social y ética en la valoración del respeto al legado literario y a la defensa del derecho ciudadano a su acceso. Es una cuestión de justicia que no puede negarse.

Leer literatura

En esa enorme producción de libros infantiles hay de todo —como en cualquier ejemplo de harto y opulento repertorio—. Si estamos interesados en ofrecer a los niños y jóvenes sólo lo que tenga calidad, desde luego podemos eliminar de nuestros esfuerzos, en pro de la transmisión, lo que, obviamente, no vale ni interesa perpetuar en una sociedad

democrática más justa: incitaciones a la violencia sin sentido, al consumismo desenfrenado, a comportamientos racistas y de prejuicios (bien a las claras, bien por el refuerzo de estereotipos simplificadores y reductores), así como pseudoconsejos edificantes y conformistas expuestos en lenguaje sensiblero y llenos de abstracciones incomprensibles para el pequeño lector, en realidad dirigidos solamente a garantizar la obediencia de los más débiles.

Merece la pena que estemos atentos a otros aspectos importantes para que la oferta de lectura no se limite sólo a aquellas obras que podrían clasificarse como «libritos para niños». Conviene que se dé un paso más adelante y que se incluya también lo que llamamos «literatura infantil». Mejor dicho, no es suficiente que los libros sean bonitos, en colores y tontitos o neutros —aunque tales obras no hacen daño y pueden formar

parte de un menú variado de lecturas (siempre que no constituyan una dieta exclusiva)—. Se necesita mucho más que eso.

Nadie se alimenta solamente de goma de mascar por más dulce que sea y por más que se muevan las mandíbulas, dando la impresión de que se está comiendo alguna cosa sabrosa. Para sostener el cuerpo y poder desarrollarse con salud, el ser humano necesita una alimentación realmente nutritiva. Para sostener el espíritu, crecer intelectualmente y fortalecerse mentalmente, es necesario incorporar el arte y la cultura. Y eso supone el contacto con la literatura, el arte de la palabra.

Tal contacto no es algo que se adquiera en un momento, como por arte de magia, sino que es una habilidad que se construye poco a poco. Del mismo modo que un bebé, un día, no se levanta de la cuna y sale caminando de repente, si-

¿Fotocopias o escaneas?

Si en tu empresa o institución se fotocopian o escanean libros y revistas, solicita la licencia en

CEDRO
CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPOGRÁFICOS

tel.: 91 702 19 71
licencias@cedro.org
www.cedro.org

Licencia de CEDRO

1. *f. Der. Autorización* para fotocopiar y escanear fragmentos de libros y revistas respetando los derechos de sus autores y editores.
2. *f. Certificado* de calidad legal: la licencia facilita a empresas e instituciones el cumplimiento de la Ley de Propiedad Intelectual.

no que antes tiene que pasar por otros estadios motores (sentarse, arrastrarse, andar a gatas, agarrarse a los muebles para quedarse de pie, etc.), el sentido común sugiere que los individuos se aproximan a la lectura poco a poco, mediante el contacto repetido y placentero con la literatura oral o con la posibilidad de abordar textos literarios más sencillos en casa o en la escuela. Pero es fundamental que esos textos, aunque aparentemente simples, tengan calidad literaria, es decir, que permitan interpretaciones distintas, posean significados variados para lectores diferentes o circunstancias diversas. En fin, que permitan lo que los especialistas a veces llaman reapropiaciones múltiples. O sea, que cada lector pueda apropiarse de ellos de una manera distinta, hacerlos también su propiedad, hacerlos suyos, como legítimos propietarios, herederos de ese legado.

Para que un texto consiga presentar ese fenómeno, aun siendo sencillo, necesita tener una complejidad significativa que sólo el arte logra alcanzar. No hay fórmulas ni recetas para eso, no es fácil de definir, todo el proceso forma parte del misterio de la experiencia ar-

tística. Pero es algo nítido, porque forma parte de la misma esencia del arte y sólo éste busca esa complejidad, a diferencia, por ejemplo, del lenguaje periodístico, que se considera factual, o bien del lenguaje científico que, para que sea funcional, necesita ser objetivo y unívoco, dotado sólo con un significado para cada signo.

El niño, por lo tanto, merece entrar en contacto también con la literatura, sea narrativa, sea poesía. Necesita estar en condiciones de apropiarse de su parte en esa herencia. Es un derecho suyo. La educación cumple con su deber correspondiente: sentirse en la obligación de capacitar al alumno para que pueda un día acercarse a cualquier obra y hacerla suya. Incluyendo las obras literarias, aquellas que guardan sentidos múltiples, que no se arraigan a una única interpretación, que permiten el increíble fenómeno de dar la impresión de que tienen significados diversos en cada nuevo encuentro. Dicho de otra manera, esas obras que tienen el poder de decir cosas diferentes a cada uno, de expresar mensajes nuevos y diversos para cada lector, en cada época, en cada sociedad, en ca-

da cultura. O hasta para el mismo lector en distintos momentos de su vida...

Profesorado lector

Para poder elegir bien esos libros, el profesor tiene que lograr moverse en ese universo, saber buscar las sugerencias más seguras de la crítica, enterarse de los premios, discernir en los catálogos de las editoriales aquellos autores o colecciones que le parezcan más interesantes. No puede solamente dejarse influenciar por un divulgador eficiente que le entretenga con argumentos seductores. Necesita desarrollar su propia capacidad de juzgar y opinar para planear un programa de lecturas ordenado.

Para eso tiene que ser lector, estar acostumbrado a leer para sí mismo, por medio de una lectura autónoma y solitaria, que le haga comprender lo necesario que es también para el alumno ese tipo de lectura. Sólo así evitará una trampa profesional muy frecuente: dejar de pensar por sí mismo e intentar repetir fórmulas o recetas ajenas, muchas veces alterando incluso sus propias ideas —que podrían ser material para reflexionar— en un recetario rígido, y poniéndose una camisa de fuerza que impide la libertad imprescindible para una lectura rica. Siendo lector, el profesor conseguirá elegir, sin dificultad, buenos textos para ofrecer a sus alumnos.

Además del derecho al encuentro con textos literarios, el niño necesita también el contacto con esas obras para su pleno desarrollo social, en cuanto ciudadano. Para no estar en inferioridad delante de los demás miembros de su grupo social; para compartir por completo con sus semejantes un único patrimonio cultural; para no ser obligado a quedarse fuera de la fiesta, escuchando solamente la música que suena allá dentro y viendo sus luces de lejos.

Que más tarde, ese niño lector se transforme en un lector adulto, ya es otra cuestión. Lo importante es que él tenga oportunidades para que eso ocurra, si así lo desea. Las personas tienen vocaciones distintas que les llevan a una diversidad de caminos por la vida. Unas se volverán lectoras voraces, otras leerán esporádicamente, y otras cuantas de nin-



ANA PEYRÉ

gún modo echarán de menos los textos literarios. En la imagen de la gran fiesta, habrá siempre quienes tienen horror a ambientes con mucha gente, odian el ruido y prefieren acostarse temprano. Pero, en una sociedad democrática, cada ciudadano tiene el derecho de acceder a las mismas oportunidades. Así, todos merecen entrar en contacto con buenos libros desde la más tierna edad, descubrir el placer de la lectura literaria y saber cómo llegar a dichos textos cuando quieran, sea frecuentando bibliotecas o librerías, sabiendo a quien pedirselos prestados, o por internet, en el caso de obras de dominio público. No es admisible que un ciudadano que haya asistido a la escuela, y que crea que recibió una educación, se sienta siempre expulsado del baile. Un sistema de enseñanza que perpetúa esa situación es un fraude y no puede tolerarse.

Lenguaje poético y creación literaria

Por otra parte, el acceso de niños y jóvenes a la literatura va mucho más allá

de un mero «conocimiento» de las historias o poemas que eventualmente hayan leído durante su escolarización. Supone, sobre todo, el acceso al dominio de una herramienta preciosa para manejar un lenguaje que, muchas veces, podrá parecer algo intimidante, si topamos con él sólo en la edad adulta y ante situaciones que suelen parecer entonces enfrentamientos o retos. Se trata del lenguaje poético. Porque, a fin de cuentas, es de eso de lo que hablamos cuando nos referimos a un texto literario. En el fondo, se trata una vez más de contestar a la vieja pregunta que hizo con mucha claridad el lingüista Roman Jakobson: «¿Qué es lo que hace de un mensaje verbal una obra de arte?»² Y la respuesta está en el lenguaje. En una función específica suya, la función poética.

Según Jakobson, el lenguaje tiene seis aspectos básicos, conforme a las orientaciones que privilegie. En general, al hablar, mezclamos aspectos de todos ellos. Sin embargo, a efectos didácticos de comprensión del fenómeno lingüístico, hay que hacer la distinción entre esas funciones del lenguaje, relacionándolas con el mismo proceso de comunicación:

1. Puede tener una función *emotiva*, volcada principalmente a la expresión de la emoción de quien la usa, del remitente del mensaje —como un grito de dolor o una exclamación que manifestamos al asustarnos—.

2. Puede tener una función que él denomina *conativa o de llamamiento*, totalmente volcada al destinatario del mensaje —igual que cuando llamamos a alguien que está lejos o le damos órdenes—.

3. Puede tener una función *referencial*, de apuntar los referentes, aquello de que se habla —como ocurre en la objetividad que se busca en el lenguaje científico o matemático—.

4. Puede tener una *función de contacto*, denominada *fática*, cuando se pone énfasis al acto de la comunicación en sí —bien diciendo *hola* al teléfono, para asegurarse de que la llamada se ha completado, bien mediante los artificios que se usan para garantizar que el lector u oyente sigue atento a lo que se dice, como el profesor que pregunta continuamente «¿me comprendéis?»—, los modismos de los locutores deportivos, o las interferencias de Machado de Assis cuando llama la atención del «amable lector» o «amable lectora».

5. Puede tener la función que estamos ejerciendo ahora, la de *metalinguaje*, cuando se emplea el lenguaje para hablar del mismo lenguaje y discutir sus características.

6. O puede desempeñar esa función que es intrínseca del arte literario, el *lenguaje poético* —que no se halla sólo en la poesía y hasta puede encontrarse en nuestra habla cotidiana—, pero, en efecto, es lo que constituye la característica fundamental, indispensable e inherente a la obra poética y a la literatura en general. Su esencia intrínseca y única. ¿En qué es ella tan distinta?

Para ejercer todas las demás funciones, nuestro mecanismo es el mismo. Escogemos las palabras con cuidado, prestando atención a un criterio de elección: cuál su sentido, qué significa, o qué quiere decir este o aquel término. Lo fundamental es hacer muy bien esa selección, ése es el criterio. Sin embargo, para la función poética, introducimos algo que no hace falta en las demás funciones. Damos la misma importancia a



ANA PEYRÉ.



ANA PEYRÍ.

la selección y a la combinación, como dos criterios equivalentes.

En cuanto al uso de la función poética del lenguaje, no se trata solamente de elegir qué palabras o expresiones vamos a usar, de acuerdo con el significado que deseamos transmitir. Pero también la forma en que vamos a emplearlas tiene el mismo peso. Lo que revitaliza la carga semántica de las palabras se debe a diversos procedimientos: por graduación silábica, por aliteraciones, por secuencias mensurables, por afinidad de imágenes, por figuras sonoras, por contrastes, por duración y repetición rítmicas, por paralelismos más o menos explícitos, por la estructura de la composición, por la ruptura de las frases hechas y de los clichés.

Los procedimientos utilizados en la creación literaria son innumerables y, no viene a cuento aquí analizar cómo todos esos recursos consiguen funcionar de una manera infinita. Sólo estoy apuntando su existencia, llamando la atención sobre algo fundamental y necesario para cada uno de nosotros y que también tenemos derecho a exigir que sea respetado. Aquello que Freud valoró mucho, llamando *arte poético*, y que, a su juicio, constituía el secreto más íntimo del autor literario, o sea, la capacidad técnica de sobrepasar las barreras que se yerguen entre emociones fortísimas de distintos seres humanos, entre cada yo y los demás.

Tal como el mismo Freud sugiere, esa técnica se construye sobre dos pilares.

Por un lado, hace más suave el carácter egoísta de los devaneos individuales por medio de alteraciones y disfraces, imágenes y artificios que permiten que ellos se compartan por los demás. Por otro, con tales recursos, el autor pasa a ofrecer al lector la oportunidad de sentir un placer intenso en la presentación de sus fantasías, gracias a lo que es puramente formal, es decir, estético, y que tiene fuerza suficiente para liberar las tensiones de nuestras mentes. Quizás incluso —añade el padre del psicoanálisis— ese arte poético y el placer que produce nos sitúa en las mejores condiciones de apreciarlo y de gozar de nuestros propios devaneos sin culpas ni autorrecreminaciones.³ Algo fundamental para la salud mental de los seres humanos.

Las sociedades lectoras son menos vulnerables

Pero con frecuencia, en nuestro tiempo, el lector común tiene dificultades para sentirse a gusto ante esa función poética del lenguaje, exacerbada en el arte literario, y capaz de desempeñar ese papel fundamental de que nos habla Freud.

Si el lector no ha tenido contacto con la literatura desde la infancia o en los años de su formación, no estará acostumbrado a leer textos literarios. De una manera constante, en ese caso, además de verse expulsado del baile y fuera de la fiesta, alejado de un evento social, sentirá también individualmente una exclusión, una cierta extrañeza delante de esos textos, que pasan a intimidarlo y a cerrarle las puertas en un primer encuentro. La tendencia es que, por ello, evite nuevas tentativas y, así, se prive de otros textos.

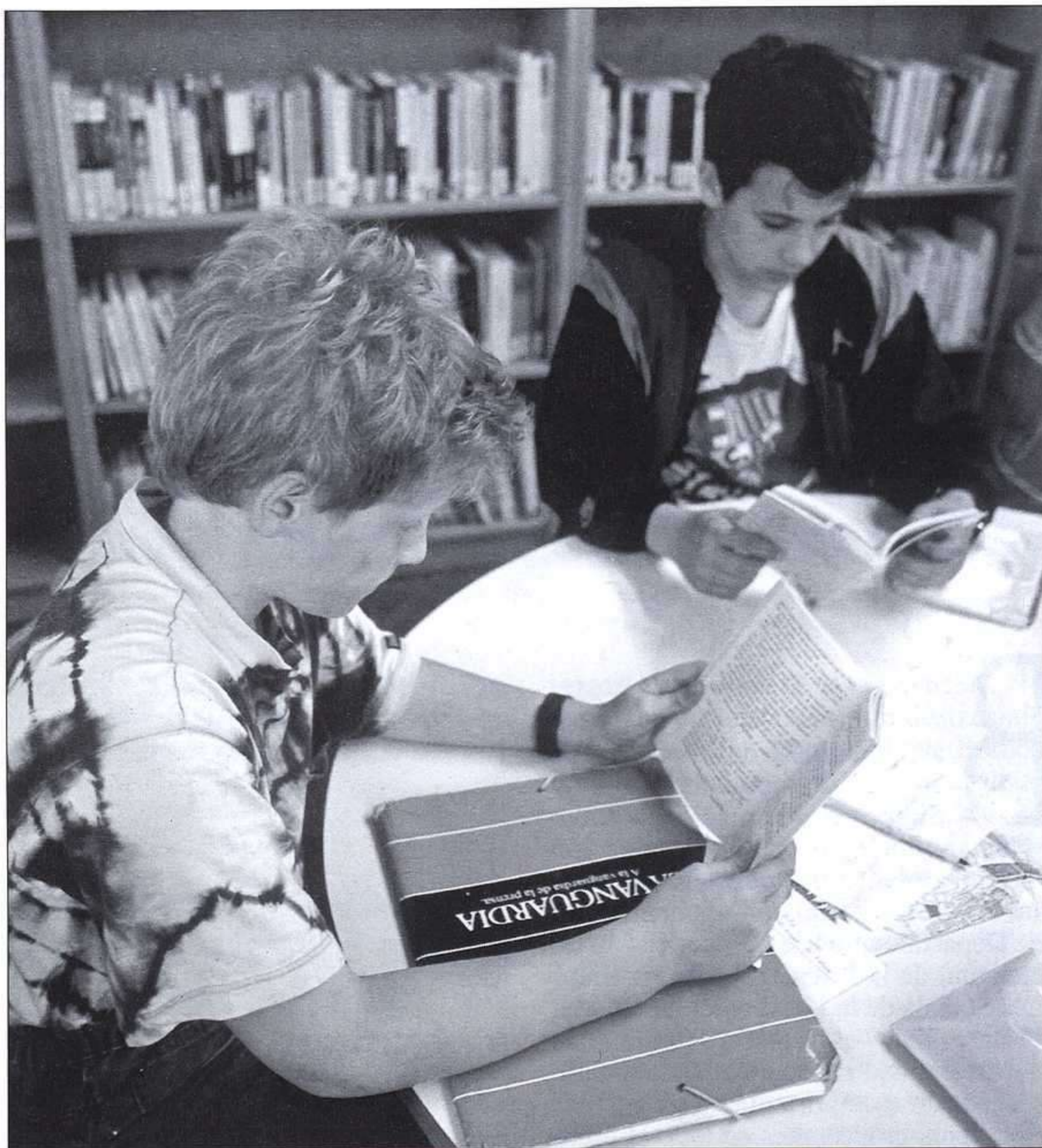
Es una pérdida lamentable e injusta, que, además, puede traer consecuencias graves al tejido social. Así lo sostenía Roland Barthes cuando se preocupaba por la situación de una sociedad que, cada vez más, se niega a sí misma (o a gran parte de sí misma) la satisfacción de leer los textos que le dan placer. En opinión del pensador francés, el rechazo al placer y al deseo de goce (intrínsecos del texto) crea condiciones propicias al desarrollo de la frigidez, y ésta se asocia a

la violencia que pasa a caracterizar tales sociedades.

Por otra parte, la posibilidad de sentir placer con las palabras constituye un rechazo al oscurantismo y una reafirmación de la libertad. Los niños que entran en contacto con la literatura infantil tienen, desde lo más temprano de su existencia, la oportunidad de desarrollar esa intimidad con la función poética del lenguaje. Gracias a ese regalo conllevarán para siempre, por toda la vida, la capacidad de poder acercarse al universo artístico de la palabra.

Por añadidura, guardarán también buenos recuerdos de esos primeros encuentros con los textos literarios, hechos de placer y afecto guiados por familiares o profesores que les enseñaron libros, les contaron historias, miraron ilustraciones junto a ellos, conversaron respecto a lo leído. Gentes que han sido capaces de dedicarles una atención entrañable, fuerte, símbolo de cariño. Y que tuvieron fe y confianza en su inteligencia, valorando su capacidad intelectual. En esas relaciones se forja una vivencia de intimidad mental enriquecedora para ambas partes. Se teje un intercambio fecundo que, con toda seguridad, garantiza que el adulto capaz de dedicar algunos momentos a abrir tales caminos a los niños también lleve consigo, para siempre, deliciosos recuerdos de esos momentos de afectividad compartida en torno a la palabra escrita.

Además de eso, los buenos libros son también muy importantes en otros aspectos del desarrollo infantil. No sólo por su papel en la formación de un repertorio cultural común. Son igualmente fundamentales en la discusión de situaciones de conflicto moral y en la transmisión de valores éticos. Ayudan a los lectores a ir buscando o construyendo el sentido de sus experiencias, de su estar-en-el-mundo. Les prestan auxilio para pensar mejor, para encontrar argumentos poderosos y para saber expresarlos a la hora de defender sus puntos de vista. Capacitan a los pequeños para crecer de un modo más crítico en estos nuevos tiempos, en los que el descentramiento del libro en su calidad de eje cultural único, y el surgimiento de nuevas tecnologías de mantenimiento de la memoria colectiva y de la transmisión



ANA PEYRÍ.

de cultura, exigen mucho más discernimiento del lector. Son cambios que llegaron para permanecer de forma irreversible. Sin constituir una conciencia analítica, desarrollada por la lectura de buenos textos, y ejercitada para comparar y juzgar, analizando y dando pesos distintos a un material profuso que surge sin ninguna diferenciación cualitativa, uno se arriesga a ser rehén de intereses de los que ni se da cuenta, totalmente sometido a todo tipo de influencia o manipulación. Sólo la posibilidad de lectura de literatura, accesible a una gran mayoría de ciudadanos, podrá reforzar la colectividad ante la manipulación del mercado, de los intereses políticos, de los fundamentalismos religiosos, de las ambiciones personales de dictadores.

Las sociedades que ya hace mucho tiempo que son letradas, tienen anticuerpos intelectuales más desarrollados para enfrentar esos nuevos males. Sociedades poco acostumbradas a la lectura siguen siendo mucho más vulnerables. Acercar a los niños a los buenos textos es también un modo de fortalecer sus defensas y cuidar de su futuro. Es un derecho de ellos y un deber nuestro. Para el bien de todos y la felicidad general de la gente. ■

*Ana María Machado es escritora.

Notas

1. Revista *Educação*, mayo de 2007.
2. Jakobson, Roman, *Lingüística e Comunicação*, Sao Paulo: Editora Cultrix, 1969.
3. Freud, Sigmund, «Creative Writers and Day Dreaming», en *Art and Literature*, Londres: Penguin, 1985.